

María desde la realidad latinoamericana

CLAUDIO PAROTTI, M.C.C.J.*

RESUMEN



Establece un paralelo entre Diana, mujer de Cantagallo, Bolívar, y María. A pesar del dolor que le produjo la muerte violenta de su esposo, ella -como María- tomó su existencia en sus manos y camina con esperanza en medio del conflicto colombiano.

Para este trabajo he tomado en consideración una persona que he conocido durante la Semana Santa que acabo de vivir en el municipio de Cantagallo, ubicado en el extremo sur del departamento de Bolívar, que desgraciadamente está en los labios de la gran mayoría de los colombianos, a causa del proyecto gubernamental de colocarlo en la zona de distensión.

Al permanecer allí por ocho días, tuve la oportunidad de compartir la gran preocupación que cultiva su gente.

Antes de la eucaristía del Martes Santo, se me acercó una señora de 34 años, con dos niñas, y comenzó a hacerme algunas preguntas. Dada la curiosidad que normalmente rodea a quienes no hablamos perfectamente el español, consideré normales las preguntas de la profesora Diana. Pero desde aquel momento comenzó un diálogo muy enriquecedor entre nosotros dos.

Le conté sobre algunos aspectos particulares de mi país y de lo mucho que hasta ahora he aprendido en tierra colombiana. Así llegó el comienzo de

* Estudiante de la Carrera de Ciencias Religiosas.

la misa y nos sentamos en el mismo banco junto con sus dos niñas y un niño. El Evangelio dramatizado por la misma gente era lo que comúnmente viene llamado *El óbolo de la viuda*. Durante la homilía el padre Jorge preguntó si había una viuda presente en la asamblea, a lo que Diana repuso gritando: «¡Yo soy viuda!» Y durante todo el sermón fue confirmando lo que Jorge comentaba.

Al final de la eucaristía me presentó a sus hijos: Pablo de siete años, Anamelisa de seis, y Lucía de cinco. Me contó la historia trágica de Anamelisa, quien no es su hija natural, sino la del hermano de su esposo. Él tuvo que enfrentar sólo la crianza de la niña, porque después del parto, su mujer se marchó. Trabajó en algunas fincas, en veredas, pero no tuvo el tiempo para atenderla, y prácticamente durante casi todo el segundo año de vida, Anamelisa se alimentó de pan y Coca-Cola. La encontraron casualmente un día, Diana y su esposo, sin cabellos y llena de granos. Sin ninguna duda, la acogieron en su hogar. Se nota que esta niña sufrió mucho y todas las veces que me veía, se tiraba a mis brazos, gritando: «Este blanquito es mi amigo.»

La tarde del día siguiente nos encontramos fuera de su casa, mientras que yo estaba caminando por la calle y así aprovechamos para compartir un poco más. Me contó de qué manera los paramilitares le habían matado al esposo: un acontecimiento de verdad horrible. En la mitad de agosto del año pasado, llegaron al casco urbano de Cantagallo un reducido número de paramilitares. Ellos tenían en sus manos la «trágica lista», donde llevaban escritos los nombres de los cinco hombres a quienes iban a matar porque eran considerados colaboradores de otros sectores armados. Algunos «sapos» (así llaman a los que traicionan a un sector armado), dos días antes de la llegada de los paramilitares, habían alertado a los cinco varones incriminados, de tal manera que pudieron escapar a tiempo, causando gran rabia en los verdugos. Entonces éstos tomaron la decisión de cambiar de programa y se quedaron poco más de cinco días en el casco urbano, amenazando a unos hombres. El sábado por la noche llamaron fuera de una tienda a dos personas que estaban tomando cerveza y charlando: los mataron allí de manera brutal, sin la mínima piedad. Uno de ellos era el esposo de Diana.

Me narró todo este acontecimiento con evidente conmoción, pero al mismo tiempo con gran dignidad. Para mí fue la primera vez que escuché algo similar, contado por la misma viuda. Después me invitó a compartir

brevemente un jugo de mango verde en su casa decorosa, y desde el momento en que llegué, Anamelisa se me lanzó al cuello. Después me fui a visitar dos enfermos.

De esta manera creció mucho la confianza entre nosotros. Por ejemplo, fui tres veces al patio de la casa de Diana para lavar mi ropa sucia. En cada ocasión, conversamos y ella me habló acerca de su trabajo en la escuela de una vereda no muy lejana del casco urbano. Yo le conté de mi compromiso de vida misionera. Siempre sus niños estaban jugando al pie nuestro y escuchaban divertidos mi «español torcido y chistoso».

El Jueves Santo, por la mañana, le pedí el favor de escribir en una hoja la descripción de un día cualquiera de su vida, para poder desarrollar este trabajo de mariología; Diana aceptó mi propuesta sin problemas y también con una discreta dosis de entusiasmo.

A continuación transcribo lo que gentilmente Diana me apuntó:

Cantagallo, sur del departamento de Bolívar, abril /23, 2000

UN DÍA EN LA VIDA DE DIANA...

Soy profesora de la básica primaria en la zona rural del municipio de Cantagallo.

-Me levanto a las 5:30 a.m. Preparo el desayuno a mis hijos y me arreglo para ir a mi escuela.

-A las 7:00 a.m. salgo con la motocicleta rumbo a la vereda donde está ubicada la escuelita.

-Llego a las 7:45 a.m. y comienzo mi jornada de trabajo a las 8:00 a.m. y termino a la 1:00 p.m.

-Regreso a mi casa a las 2:00 p.m. Almuerzo y algunas veces veo televisión o duermo, hasta alrededor de las 3:30 p.m.

-Utilizo el resto de la tarde algunas veces para reunirnos con los(as) compañero(as) de grupo, realizamos las tareas de la universidad y estudiamos; o de lo contrario aprovecho para ir a la Alcaldía a gestionar asuntos relacionados con la escuela.

-A las 6:00 p.m. preparo la cena para mí y para mis hijos.

-De las 7:30 p.m. a las 9:30 p.m. preparo las clases del día siguiente y veo televisión.

-Alrededor de las 10:00 p.m. me acuesto.

NOTAS: Pago a una señora para que prepare el almuerzo, haga el aseo, lave y planche la ropa.

-Tomo cursos universitarios los sábados de las 7:30 a.m. a las 11:30 a.m. y de la 1:00 p.m. a las 4:00 p.m.

Para mí Diana representa, en primer lugar, un enorme testimonio: es una mujer, una cristiana y una mamá que ha alcanzado y logrado dar sentido

a su dura existencia. Es una persona que en el núcleo de la situación “tan precaria” que vive la región del Magdalena medio, sabe ser constructora de una esperanza concreta, a través de su compromiso en el hogar (inclusive continuando la educación de su hija “adoptiva” Anamelisa), en la comunidad cristiana (hace parte de un minúsculo grupo de oración femenino) y en la escuela donde enseña (me pidió con insistencia que le enviara material sobre la educación en un mundo globalizado).

Sin exagerar puedo asegurar haber mirado en el municipio de Cantagallo la resurrección; gracias a la oración y al compromiso de muchas personas (en particular, de algunas mujeres), en medio de las incomodidades y las dificultades, para poder superar situaciones antihumanas. Me encuentro (con gozo) en la situación de poder afirmar que la gente me ha enseñado en concreto qué quiere decir saber construir, alimentar y cultivar la cristiana esperanza, incluso en circunstancias donde la mera racionalidad invitaría con vehemencia a vivir con actitudes contrarias.

Por ejemplo, en dos ocasiones Diana misma me comunicó con sinceridad de no poder aceptar el pensar en la idea de abandonar a Anamelisa porque ahora su condición (inclusive económica) es de viuda.

Antes que todo, quiero manifestar mi contrariedad al querer desarrollar unas meras especulaciones sobre la vida de una persona. Mi intención es tan sólo la de sacar beneficios del testimonio precioso que me transmitió Diana, en relación con María de Nazareth.

Me parece que la gradualidad es característica del camino de estas dos mujeres: como María lentamente descubrió y vivió su adhesión al plan que Dios le propuso de manera perseverante, así Diana no está traicionando «sus» vocaciones de mamá, de esposa y de profesora, a pesar de las dificultades. Otro punto en común que quiero subrayar es el grado de madurez que han alcanzado: cada una tomó la propia existencia «en sus manos». Un tercer elemento que seguramente tienen en común Diana y María de Nazareth es el dolor que han encontrado a lo largo de la propia vida, asumido y combatido, colocando su completa confianza en Dios y comprometiéndose de consecuencia.

Doy gracias al Señor por haberme regalado estos años entre la gente colombiana.